

trabajo. Y ya que la moda había decidido la vuelta á la Naturaleza, se volvía hacia ella dándole el afectado aspecto dictado por el uso del mundo elegante. Terribles dramas sociales, guerras y matanzas, la invasión de la industria manufacturera, toda una era nueva hubo de suceder al antiguo régimen para que el artista se encontrase al fin ante el verdadero campesino y que osara comprenderle con su verdadera naturaleza, con sus punzantes miserias, sus alegrías, sus dolores y los lazos de humanidad común que hacen de él el hermano de los otros hombres, obreros ó burgueses. Hasta el artista y el escritor que le presentan bajo el aspecto más lamentable de miseria y de ruina física ó moral pueden hacerlo á veces impulsados por su afecto y por el deseo de favorecerles: Zola ama al campesino cuando le describe en *La Tierra*, avaro, astuto, bajo y grosero. Millet ama también al viñador cuando nos le muestra abatido por la fatiga y el calor en la margen del campo, goteándole el sudor, congestionado por una sangre que ya no circula, masa caída sin fuerza y sin conciencia de la escasa vida que todavía le resta.

El campesino, tal como se le conoció antes, está en vía de desaparición: la enfitesis cambia en su rededor, él también ha de cambiar proporcionalmente. Hasta el pequeño propietario que procura calzar todavía los zuecos de su padre y se aferra con desesperación á la antigua rutina del cultivo no puede ignorar los métodos del vecino, ni cerrar los oídos á las relaciones que oye en la feria. Ve ensancharse sin cesar el círculo de los intereses; infórmese ó no, sabe que el trigo de Rusia y el maíz de los Estados Unidos vienen á hacer concurrencia á sus productos y disminuyen su valor en venta; á pesar de todo se ve envuelto en la especialización del trabajo; cada vez se acerca más á la situación del obrero que en las grandes ciudades se ve sujeto á los trabajos de la gran industria. Á medida que la explotación de la tierra se va haciendo más científica, ve atenuarse los caracteres que le separaban de los trabajadores de las ciudades. De proletarios á proletarios las clases tienden á confundirse, como se han confundido ya entre los señores de la tierra y de la manufactura.

Todo ese caos aparente de las fuerzas en lucha, desde el humilde labrador del surco hasta el fastuoso capitalista que dispone de la cosecha en mil puntos del mundo, causa fatalmente una producción

desordenada sin regla ni método. Si puede preverse que los elementos necesarios para el cultivo de la tierra, el crecimiento y la madurez de las plantas nutricias no faltarán jamás al hombre, — porque nada se pierde en la Naturaleza, no puede haber en ella más que modificaciones y cambios de lugar —, sin embargo, una gestión dilapidadora tiene por consecuencia dispersar los recursos indispensables á la tierra y agotar los campos durante un largo período. Puede suceder que en un punto ó en otro el «fondo de circulación de la vida», transportado á otro sitio, llegue á ser insuficiente allá donde abundaba en otro tiempo, y que los países más fecundos se transformen en desiertos. Tal sería, según muchos autores, la causa de que

la Bactriana, la Mesopotamia y otras regiones del Asia, lo mismo que las inmediaciones del Taklamakan, hubieran perdido parcialmente sus habitantes: la desaparición del fósforo arrastrado hacia los mares no permitiría á los cereales formarse, producirse las mieses ni, por consiguiente, vivir á los hombres. No obstante, esas afirmaciones parecen exageradas, porque, todavía en nuestros días, las tierras cultivadas hace tres mil años por los antepasados de los Turcos, los Arios, los Elamitas y los Akkads, producen cosechas en abundancia, siempre que la lluvia les favorece copiosamente. Las aguas del Tarim, del Oxus, del Tigris y del Eufrates aportan con suficiencia el fosfato y otros elementos de fecundidad.



Museo de Bruselas.

LA GLEBA, DE CONSTANTIN MEUNIER

Como á las comarcas del Asia central y del Asia anterior, se ha podido atribuir en gran parte la disminución de la riqueza agrícola de Túnez á la creciente sequía del clima; sin embargo, los documentos antiguos relativos á la meteorología local no tienen la precisión de cifras, única que permitiría un juicio exacto. Por otra parte, también es posible que la pobreza actual del suelo provenga de causas puramente humanas. Suelen decir los autores árabes que en la época de la invasión musulmana en Mauritania se podía ir desde Trípoli á Tánger caminando de villa á villa bajo la sombra de los árboles. De hecho, alrededor de la ciudad arruinada de Sbeitla, la antigua Suffetula, cartaginesa y después romana, situada en un desierto entre Kairouan y Tebessa, la exploración detallada del suelo ha revelado sobre un espacio de 27,000 hectáreas la existencia anterior, además de Sbeitla, de 3 ciudades, 15 villas, 49 pueblos y 1,007 molinos de aceite. Según las menores evaluaciones, ese número de lugares habitados y de molinos correspondería á una población de más de 40,000 individuos y á plantaciones de 400,000 olivos. En la actualidad, ese espacio, recorrido por unos 1,500 nómadas, no tiene más que tiendas colocadas sobre escasa maleza¹. En la época romana, los cultivadores de los ribazos vecinos de la Medjerda retenían el agua por todos los medios posibles; el estudio de gran número de planos locales han probado á Carton² que allí no había manantial ni siquiera resudación en la superficie del suelo que no hubiera sido aprovechado; cuando la tierra no contenía ninguna humedad se suplía la falta por medio de cisternas. Simples villorrios y hasta granjas aisladas poseían un notable servicio de canales y depósitos; pero las guerras lo destruyeron todo, como destruyeron también los olivares de Sbeitla y de otros lugares. Desde los hijos del desierto hasta los Franceses, todos los conquistadores se han encarnizado contra los árboles para mejor exterminar á los habitantes. Si bien es verdad que las lluvias eran antes más fuertes que en el día y que duraban más cada año, es muy admisible que ello sea debido á la desaparición del tapiz de verdura, y se puede esperar que el resta-

¹ *La Tunisie*, publicación oficial. Tomo I, ps. 178, 179.

² Carton, *Etudes sur les travaux hydrauliques des Romains en Tunisie*, p. 17. — «Revue Tunisienne», 1897.

blecimiento gradual del olivo, que se acomoda á la escasa humedad que sus largas raíces encuentran en el suelo, pueda atraer la antigua prosperidad agrícola.

Si los guerreros, si hasta los leñadores y los agricultores, todos los que trabajan sobre la superficie de la tierra, han causado daño, mucho daño temporal, ¿no es el mar un depósito común que puede dar, bajo diversas formas, lo que le aportan los ríos? ¿No da á los



LA COSECHA DE LA OVA EN LA ISLA DE RE

ribereños del Océano, en Saintonge, en Poitou y en Bretaña, el *sart*, la *tangue*, sus plantas y sus arenas fortificantes? ¿No conserva por miles y miles de millones de toneladas reservas de conchas y de restos de animales que esperan el dragado de los industriales futuros? En las costas del Massachusetts se recoge el pescado en cantidad tan enorme que se le utiliza como abono.

Allá donde el suelo virgen se somete al arado y donde la tierra de mucho tiempo fecundada es sostenida por el trabajo del hombre y por un alimento de abono apropiado, la cosecha de los buenos años y hasta de los años medios suministra ampliamente la cantidad de productos necesarios para la alimentación de todos, campesinos y burgueses; pero puede suceder que por las contrariedades

del clima ó las condiciones económicas, las cosechas sean insuficientes, si no en toda la tierra ó sobre un continente, al menos en una extensa comarca ó en una provincia. Apenas se pasa año sin que la palabra «hambre» ó al menos esta otra «escasez» se aplique á algún punto del mundo, y frecuentemente en aquellos mismos países que producen habitualmente grano en abundancia. No obstante, si se prescinde de todos los hombres que tienen hambre — y son muchos — por efecto de las condiciones sociales, debe hacerse constar que las hambres propiamente dichas han llegado á ser relativamente escasas entre los pueblos civilizados, y nada lo demuestra mejor que el hecho de hallar desprevenidos á los hombres de nuestros días cada vez que el alimento falta, y no saber ingeniarse en manera alguna para extraer los alimentos de los innumerables cuerpos que nos rodean y que contienen substancias asimilables; mas esperando la era de la síntesis química del alimento anunciada por Berthelot, es cierto que los civilizados actuales son inferiores en invención á los llamados salvajes.

Cuando el sitio de París toda la sagacidad de los buscadores de víveres se reducía á cazar perros, gatos, ratas y otros animalillos; la gran mayoría de hambrientos se cruzaban de brazos, esperando la muerte por enfermedades ó por inanición cuando se cerraran las tahonas y las tiendas de comestibles y faltaran las escasas raciones administrativas. En Rusia, cada vez que las cosechas son insuficientes y los campesinos reconocen que les será imposible procurarse alimento por el trabajo ó la mendicidad, se recurre á la *liojka*, el sueño, es decir, á una especie de invernada por el sueño; la misma necesidad les da las mismas costumbres que á la marmota. La familia toma sus disposiciones para dormir durante cuatro ó cinco meses: la casa se cierra herméticamente, los hornos y los vasares altos sirven de cama, se atenúa la vida por la obscuridad y el silencio, y el sueño no se interrumpe sino para las cosas estrictamente necesarias, que se efectúan como soñando. La población de distritos enteros se ingenia así suspendiendo parcialmente la existencia para suplir la falta de pan¹.

¹ Volkov, *Bull. et Mém. de la Soc. d'Anthr.*, 1900, ps. 67 y 68.

Muy al contrario, en ocasión de una reciente época de hambre en el país de los Zulús, éstos suplieron los víveres habituales por las raíces, ramas, hojas ó bayas de 32 especies de plantas, ninguna de las cuales se había utilizado para la alimentación¹.

La igualdad de las condiciones económicas era imposible en una época en que las vías de comunicación no existían, ó al menos eran tan difíciles y tan costosas que el tráfico se detenía á cortas distan-



LA SIEGA EN EL JAPÓN

Cl. del Photo-Globe.

cias de los grandes caminos del mar y de los ríos navegables. En el interior de las tierras se conservaban los trigos, no para la venta inmediata, sino en perspectiva de las futuras malas cosechas; se pensaba en el tiempo, no en el espacio. Lo mismo que en las remotas edades del antiguo Egipto, se almacenaban todas las existencias en graneros de reserva, con peligro de verlos devorados por ratas y gorgojos. Esos «almacenes de abundancia» contenían á veces trigos centenarios: la reserva de Estrasburgo contenía aún en 1633 tri-

¹ P. Hariot, *La Nature*, 30 Julio 1898, p. 134.

gos de 1525 y hasta de 1439, conservados á costa de grandes gastos é infinitas precauciones. En las diferentes provincias, los precios variaban frecuentemente desde la unidad al décuplo, y más aún; en 1197 se vendió el trigo dieciséis veces más caro en el Cotentin que en el país de Auge; reduciendo las monedas y las medidas á las de nuestros días, resulta que los precios del hectolitro de trigo oscilaban entre 87 céntimos cerca de Evreux y 43 frs. 50 cerca de Estrasburgo. Por esa causa el hambre era un visitador constante, esperado, siempre presente en algunas partes de Europa, acogido siempre con la resignación debida al inevitable destino¹.

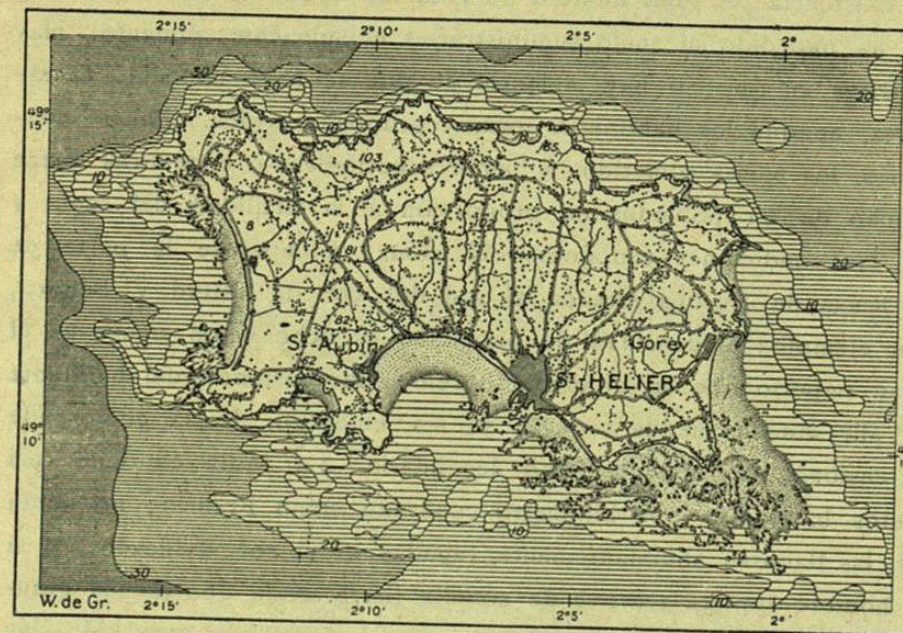
De tal modo dominaba á las imaginaciones populares el miedo á la falta de pan, en la época que las vías oceánicas y continentales no estaban ampliamente abiertas en todos sentidos, que se detenía con cualquier motivo el comercio de exportación de cereales: al menor indicio de escasez, hasta se suprimían los transportes de pueblo á pueblo, y con frecuencia se llegaba hasta el robo de los trigos ante el temor, frecuentemente justificado, de que fuesen monopolizados por los grandes propietarios, los recaudadores de impuestos ó los mismos reyes.

En diversas ocasiones se presentaban profetas de desgracia anunciando que la imprevisión del hombre tendría por resultado cosechas insuficientes, y como consecuencia la debilidad, la ruina y la muerte de la humanidad. Á mediados del siglo XIX, el químico Liebig predecía el empobrecimiento gradual de todos los cultivos por la desaparición de las sales de potasa y otras que los ríos llevan al mar y no vuelven á la tierra. Cincuenta años después, en 1898, ante la Asociación Británica de las Ciencias reunida en Bristol, otro químico y físico, Crookes, proclamó que faltarían tierras para el cultivo del trigo, que el nitrato de sosa se agotaría antes de 1930, que el único medio de evitar definitivamente el hambre universal consiste en la producción artificial de esa sal. Pero esos gritos de alarma no han impedido el aumento del número de hombres, ni para ellos han escaseado los alimentos necesarios, prescindiendo de la miseria de los hambrientos por causas sociales, tal vez en vía de disminu-

¹ G. d'Avenel, *Paysans et ouvriers depuis sept siècles*.

ción. Por lo demás, si el género humano, dejando á un lado otros asuntos, se ocupara de aumentar metódicamente los productos de la tierra y de no dejar nada á la casualidad, ¡cuántas obras emprendidas podrían terminarse, cuántos conocimientos positivos podrían aplicarse á la práctica, cuántos progresos se realizarían! Utilizando el agua

N.º 568. Jersey, país que se basta á sí mismo.



1 : 225 000
0 1 2 3 6 9 12 Kil.

La isla de Jersey tiene una superficie de 116 kilómetros cuadrados y 52,796 habitantes, en disminución de unos 4,000 desde 1871. La densidad kilométrica es de 452. La de Guernesey alcanza 800 — 40,777 habitantes repartidos sobre 5,106 hectáreas — y la población aumenta de año en año.

de todos los ríos que se pierden en el Océano, recogiendo cuidadosamente los elementos descompuestos que vuelven al gran todo, cultivando regularmente los terrenos eriales ó mal cultivados, se aumentaría la producción con cosechas anuales de maravillosa abundancia. Pero suponiendo que durante cierto tiempo no haga progresos la agricultura en la aplicación de los procedimientos científicos y no tome carácter más intenso; así y todo el conjunto de las cosechas bastaría para alimentar ampliamente á todos los hombres, á con-